

Una pequeña parte de la lucha

James Petras

James Petras: Sociólogo norteamericano. Docente e investigador en la State University of New York en Binghamton. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas los libros *América Latina, Reforma o revolución: Clases, Estado y Poder en el Tercer Mundo; Fuerzas políticas y sociales en el desarrollo de Chile*

La extensa defensa que hace Carlos Vilas de las instituciones financieras y de sus beneficiarios latinoamericanos, como también sus argumentos críticos sobre los intelectuales revolucionarios de las décadas del 60 y 70 forma parte de una vasta polémica que incluye un débilmente velado ataque personal contra izquierdistas no latinoamericanos que escriben (y trabajan) en América Latina. Los «intelectuales de protocolo» es una categoría amorfa que, aparentemente para Vilas, incluye a los intelectuales pro-soviéticos, a los invitados extranjeros a las sociedades revolucionarias y a comentaristas acrílicos de las sociedades revolucionarias, ninguno de los cuales es relevante en mi ensayo. Resulta difícil descifrar lo que Vilas está tratando de decir. Tal como Juan Perón, su mentor intelectual, él habla por los dos lados de la boca: por una parte, admite que no hay trabajos críticos sobre el imperialismo en los centros latinoamericanos financiados desde el exterior; por otra, alega que las fundaciones extranjeras no influyen en la investigación. Reconoce sí que los intelectuales latinoamericanos en los institutos se han desplazado hacia la derecha. Sin embargo, más adelante, sostiene que éstos están vitalmente involucrados en el proceso de cambios. Critica a los intelectuales por ser apologistas de los gobiernos revolucionarios, pero sugiere que la crítica debe mantenerse a nivel de cócteles y memoranda. Aparte de su doble discurso, trata de evitar los problemas de fondo. El año pasado, durante una reunión con 60 líderes y dirigentes vecinales en Chile, muchos criticaron amargamente a los cientistas sociales «pragmáticos» de Vilas, la mayoría de los cuales estuvo en ONGs y luego se convirtió en funcionarios de gobierno. Estaban particularmente indignados con los esfuerzos que hacían los «pragmáticos» para reducir las demandas populares, para cumplir con lo que Vilas denomina como las nuevas realidades sociales. Algunos de estos dirigentes a quienes conocí hace más de 20 años fueron muy asequibles a las formas democráticas de poder popular --consejos industriales, comandos comunales-- a los cuales Vilas desaprensivamente se refiere como la política apocalíptica de los años 60. En la Argentina, durante reuniones con dirigentes sindicales, había la misma hostilidad hacia los intelectuales institucionales de la comitiva de Menem, como también hacia los intelectuales del régimen de Alfonsín. En general, tanto en Argentina como en

Chile, entre los activistas populares, nunca existió la noción chovinista sobre la que Vilas pone tanto énfasis. La razón está clara. Los trabajadores desconfían de los intelectuales que se lo pasan escribiendo memoranda y bromeando en cócteles con las élites pragmáticas, ya sean estas norteamericanas, latinoamericanas, porteñas o expatriadas. Por otra parte, están ansiosos y deseosos de trabajar, intercambiar ideas y discutir de manera fraternal con aquellos intelectuales que han trabajado, han escrito y apoyado sus luchas en los foros nacionales y tribunales internacionales.

No resulta sorprendente que Petras tenga relaciones mucho más estrechas con las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, con dirigentes vecinales y militantes sindicales en Chile, con líderes políticos del PUM peruano, con la izquierda intelectual y activista de Uruguay, etc., que el auto-erigido pragmático Vilas quien es más conocido en los círculos intelectuales norteamericanos que entre los activistas por los derechos humanos en la Argentina.

El problema, Vilas, no son los intelectuales norteamericanos o latinoamericanos sino las perspectivas políticas durante las décadas del 60 al 90. Durante la década del 60 y a comienzos del 70 se desarrolló un vasto movimiento el cual produjo algunas de las más avanzadas formas de poder popular democrático en las fábricas y vecindarios de la provincia de Córdoba y Chile. Un vasto movimiento campesino introdujo cambios importantes en las relaciones agrarias del Perú; y por supuesto que había algunos intelectuales militaristas y apocalípticos, principalmente entre la dirigencia de los Montoneros, los cuales se tornaron más tarde en pragmáticos mememófilos --en todo caso, dejaré a un lado las biografías--o Al distorsionar el pasado, Vilas Los «intelectuales transformadores» de los años 80 y 90 no se hallan en los centros de investigación de Vilas financiados desde el exterior. Quienes lo son me han hablado con gran amargura de los controles rígidos y autoritarios sobre el trabajo intelectual y de los esfuerzos por restringir el de estable político abierto sobre los paradigmas de la investigación. La mayoría de los críticos de izquierda es obligada a marcharse, o a caminar sobre la cuerda floja. Los intelectuales críticos como Pablo Pozzi y los historiadores radicales de Rosario (Argentina), Fernando Lciva y Gustavo Marín en Chile, el difunto Gregorio Selser (tal vez Vilas no lo consideraría un intelectual porque era «sólo un periodista») en México, el fallecido Agustín Guerra del Ecuador o Tomás Vasconi, no trabajaron con los fondos de los grandes centros de investigación. Ellos constituyen la fuerza crítica y son todos ellos críticos agudos de los intelectuales institucionales que Vilas defiende.

¿Por qué tantos intelectuales y activistas en América Latina (y en Asia y Europa) respondieron tan favorablemente (y reprodujeron en numerosos semanarios y re-

vistas) mi crítica de los intelectuales institucionales si se trata sólo de la expresión de una perspectiva norteamericana? Muchos han escrito o me han dicho que se debe a que ésta hace sintonía con sus experiencias personales en los institutos. Al plantear el problema entre intelectuales orgánicos e intelectuales institucionales usé con claridad («tipos ideales») para identificar tendencias en gran escala y a largo plazo y no encuadrar a cada uno de los individuos con todas sus particularidades. Vilas, como cientista social, debería estar al tanto del uso heurístico de tipos analíticos y tratarlos antes de derramar tinta sobre las obvias variaciones en un tema de fondo. El no brinda un marco conceptual comparable sino argumentos personalizados y anécdotas al servicio de su propio interés. Ocasionalmente, por supuesto, algunos intelectuales institucionales tratan la política de clase, algunos intelectuales institucionales cuestionan el continuar con el pago de la deuda, la mayoría hace manifestaciones críticas acerca del neoliberalismo -aun cuando ellos practican la política intelectual de la dependencia internacional-. Emplean el nuevo cotorreo del posibilismo, la globalización y la independencia y las microempresas para cubrir su retirada de los grandes problemas estructurales del poder imperial que establecen los parámetros de las actividades locales.

En este debate la raíz del problema no es si Vilas está de acuerdo o no con talo cual punto respecto del papel de los intelectuales financiados desde el exterior, sino en su método: la distorsión y la falsificación del pasado revolucionario coincide con sus opiniones favorables sobre los caciques imperio-occidentales de la vida cultural en América Latina. No resulta sorprendente que, mientras Vilas vuelca su desprecio por los intelectuales izquierdistas en América Latina durante los años 60 y en Norteamérica durante los años 90, tenga sólo palabras amables para las funciones financiadas por las corporaciones europeas y del Estado norteamericano --es decir los mismos tipos que colaboran con los gobiernos que invaden Panamá, Grenada, Nicaragua, etc.-

Vilas habla de las «instituciones donantes, gubernamentales y no gubernamentales» que colaboran con los nicamgiicnses, incluyendo a varias agencias con base en EEUU. Dice él: (la importancia de la ayuda exterior en financiamiento, institución, equipamiento para la formación de talentos para la investigación científica en la Nicaragua Sandinista puede apenas ser exagerada en términos de enfoque y eficiencia». El propósito de la ayuda norteamericana, según lo declaró el presidente Carter anteriormente, fue reducir la ventaja radical popular en la revolución. La ayuda más efectiva estaba vinculada a la reducción del poder popular imponiendo una toma de decisiones de carácter vertical; política que una vez Vilas criticó de-

lante mío en privado, mientras que en escritos publicados continuó proyectando la línea del partido acerca del «poder popular» sandinista.

Finalmente, las diferencias entre Vilas y Petras se zanján a través de toda una gama de problemas: yo rechazo el enfoque estalinista de enviar memoranda críticos a las élites al tiempo que públicamente fomenta políticas estatales dañinas para los intereses populares. La mejor manera de defender el proceso revolucionario es a través del debate público de modo que las clases populares aprendan acerca de las limitaciones de la revolución desde la izquierda y no desde la derecha.

Vilas rechaza a los intelectuales como el Che Guevara por faltarle las habilidades metodológicas de sus colegas en las ciencias sociales. Yo insisto en que Guevara analizó de manera brillante y mucho mejor las realidades de la confrontación global. Como resultado, él previó las grandes aperturas políticas en el Tercer Mundo (Irán, Nicaragua, Angola, etc.), después de la derrota norteamericana en Vietnam. Vilas ve el apocalipsis en los años 60 y elogia a los pragmáticos de los años 90. Yo noto experiencias socioeconómicas positivas durante los años 60 para elaborar alternativas a la pesadilla neoliberal de los años 90. Vilas confía en la transformación financiera de las fundaciones extranjeras. Yo comparto la opinión de la mayoría de los activistas de base quienes rechazan esa perspectiva. Sobre todo, Vilas es un ideólogo nacionalista en contra de la izquierda y es un colaborador en el terreno práctico de las instituciones financieras occidentales. Para nosotros, los de la izquierda internacional de origen latinoamericano o norteamericano, que tenemos adversarios comunes, los intelectuales institucionales y sus patrones son sólo una pequeña parte de la lucha.